

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES GINO GERMANI
IV JORNADAS DE JÓVENES INVESTIGADORES
CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, ARGENTINA
19-21 SEPTIEMBRE DE 2007

Nombre y Apellido: Carolina Duek
Afilación institucional: Becaria CONICET/Doctoranda FCS-UBA
Correo electrónico: duekc@ciudad.com.ar
Propuesta temática: Espacio social, tiempo y territorio

TELEVISIÓN E INFANCIA:
LA BÚSQUEDA DE LAS MEMORIAS COTIDIANAS

Introducción

Todos llevamos un grupo inmenso de recuerdos que viven y conviven con nosotros en el espacio de la vida cotidiana. Algunos de ellos son manifiestos, es decir, “yo me acuerdo de...” y otros operan como marco interpretativo, como corpus de experiencias con el que vivimos pero que sería difícil sistematizar espontáneamente. Ciertamente es que hay diferentes tipos de recuerdos porque, claro está, hay diversas experiencias que conforman nuestra subjetividad. Las ciencias sociales, desde hace aproximadamente treinta años, se han visto ampliadas por la articulación de un campo específico de trabajos sobre la memoria. Esta aparición no puede *leerse* de manera casual: la segunda posguerra y las dictaduras latinoamericanas son algunos de los hitos que van conformando un grupo de experiencias que se hace necesario conocer, sistematizar, comprender y, luego, transmitir. Hablamos, en estos casos, de la memoria de y sobre los sobrevivientes del holocausto, de la persecución política, de los secuestros y de las torturas. En otras palabras, estamos mencionando hechos históricos *traumáticos* cuyo abordaje requiere una serie de precauciones y cuidados (teórico-metodológicos)¹ que

¹Consultar al respecto el interesante texto metodológico-procedimental de Carnovale, Lorenz y Pittaluga (2006) sobre cómo realizar entrevistas para conformar el archivo de la memoria de la dictadura argentina.

incluyen el respeto por aquel que lleva consigo una marca imborrable de un hecho inolvidable; una especie de tatuaje sobre los cuerpos que los acompaña².

Pero, ¿qué ocurre con los recuerdos y experiencias de la cotidianeidad? ¿Cómo recordamos hechos, elementos y situaciones que no poseen en principio, ningún valor diferencial respecto de cualquier otro y que se repitieron con alguna regularidad a lo largo de nuestras vidas? La escasa bibliografía respecto de este tipo de recuerdos puede tener que ver con el hecho de que muchas investigaciones se hayan desplazado hacia la revisión de fuentes documentales (de todo tipo y color) dejando de lado el proceso de conformación de memorias en torno a esos hechos. Pero también, porque existe un especial interés en reconstruir las memorias que circulan de hechos traumáticos y no tanto (o, por lo menos, en menor medida) las memorias de la vida cotidiana *enmarcadas*, necesariamente, en un contexto específico en el que esos relatos se construyen, narran y transmiten.

Proponemos, aquí, un recorrido que comienza con la presentación de un problema de investigación específico y que articula posibles aunque provisionarias respuestas para estas preguntas.

Juego y televisión: una relación compleja

El juego es parte constitutiva de la vida de los sujetos: desde la infancia aparece como un espacio en el que se aprenden y aprehenden conductas, pautas y rituales de la vida cotidiana. Dice Benjamin que “el juego, y ninguna otra cosa, es la partera de todo hábito” (1989: 94). Ahora bien, ¿a qué juegan los niños? ¿Cuáles son sus “guiones”, temas y representaciones predilectas?

Caillois (1994 [1967]) propuso una categoría de juego (entre las cuatro que sistematizó³) a la que llamó “mimicry”. La mimesis supone la aceptación temporal de

² Aunque en el caso de los sobrevivientes del holocausto haya muchos casos en los que el tatuaje deja de ser metáfora y pasa a ser, también, una inscripción numérica en un brazo realizada por los nazis para contabilizar los presos y muertos. Más allá de este desvío, la idea de tatuaje la tomamos de McLaren (1995) quien se refiere a que la historia deja y construye marcas sobre los cuerpos de los individuos que los acompañan permanente e inexorablemente.

³ La primera, el *Agon*, se presenta como la forma pura del mérito personal: la rivalidad se ejerce dentro de límites definidos y sin ayuda exterior (por ejemplo, el fútbol, el ajedrez). La segunda, el *Alea*, agrupa un conjunto de juegos basados en una decisión que no depende del

una ilusión o de un universo cerrado y ficticio. El sujeto juega a creer o a hacer creer a los demás que es distinto de sí mismo; el sujeto olvida, disfraza, despoja pasajeraamente su personalidad para fingir otra. En esta categoría aparecen algunos discursos, los medios de comunicación y las interacciones que los sujetos establecen con el mundo que los rodea en su cotidianeidad. Y es aquí donde aparece el segundo eje de nuestro trabajo: los medios de comunicación en general pero con particular énfasis en la televisión.

Nuestro tema de investigación indaga sobre el vínculo entre los consumos televisivos por parte de niños entre seis y ocho años y la relación (que sostenemos que existe) con sus juegos grupales. En otras palabras, nos preguntamos por los personajes, temas, situaciones que los niños recuerdan y que eligen representar en sus juegos cotidianos. Nuestra hipótesis principal sostiene que el juego infantil grupal ha sufrido importantes cambios con el avance y expansión de los medios de comunicación. Estos cambios se relacionan con una mayor tendencia a que los niños “basen” sus juegos en aquello que *ven* en televisión.

Una primera etapa del trabajo la realizamos analizando (por medio de observaciones en colegios, encuestas y entrevistas) los juegos y consumos culturales de niños de la Capital Federal que concurrían a colegios públicos del barrio de Flores⁴. En esta etapa identificamos muchas maneras en que los consumos televisivos y los juegos se intersectaban: ya sea por representación de personajes y situaciones televisivas o por anulación de una “actividad” por sobre la otra. Encontramos, mayoritariamente, una disminución del tiempo de juego en favor de un aumento de la exposición a la televisión. De allí que propusimos una nueva categoría de juego (en correlación con las de Caillois) a la que llamamos *Secreta Cessatio*⁵ que retoma la percepción de nuestros informantes del ver televisión como juego⁶. Stuart Hall (1981), en su artículo “La cultura, los medios de comunicación y el efecto

jugador, cuyo objetivo no es ya oponerse a un adversario sino “imponerse al destino” (los juegos de azar, por ejemplo). La tercera categoría, el *Ilinx*, reúne a los juegos que se basan en buscar el vértigo y consisten en un intento de destruir por un instante la estabilidad de la percepción (ejercicios de vuelo, paracaidismo, entre otros).

⁴ En el marco de la realización de la tesis de maestría en “Comunicación y cultura”, FCS-UBA. El trabajo se titula: “Infancia, juego y pantallas: hacia la definición de los juegos posibles” (dirigido por C. Mangone).

⁵ *Secretum* se define en latín como separado o solitario y *cessatio* como lentitud, inacción o reposo.

⁶ “Yo juego a Telefé”, “Yo juego a ver Bob esponja”, son algunos ejemplos del modo en que los niños identifican un hipotético nuevo espacio de juego relacionado exclusivamente con el ver televisión.

ideológico”, resume y articula el lugar de los medios en la sociedad actual (aunque el texto quede lejos en el tiempo, remarcamos su vigencia teórica) al caracterizar sus tres funciones: el suministro y la construcción selectiva de conocimiento social por cuyo medio percibimos las realidades vividas por otros; proporcionar un inventario constante de léxicos, estilos de vida e ideologías que son objetivados; organizar y unir lo representado y clasificado. Lo que se fue consolidando fue el poder de institución de estas funciones por parte de la televisión. Esto se ve claramente ilustrado en lo que mencionamos brevemente del trabajo ya realizado.

El juego es vital para la vida de los niños y la televisión se ha transformado en un acompañante omnipresente y prácticamente siempre encendido en los hogares de los niños. La relación que existe hoy entre ambas categorías se ha consolidado en función de las horas-televisión que los niños consumen a diario. Pero, ¿fue siempre tan cercana la relación entre juego y televisión? ¿Qué ocurre en otros momentos históricos? ¿Cuánto tiempo pasaban los chicos frente al televisor? ¿Y jugando?

Nuestro interés, en esta etapa del trabajo, radica en sistematizar los cambios que se dieron en esta relación con la identificación de tres períodos. El primero de 1978 a 1981 es el de aparición (con la transmisión del mundial 78’ a color en teatros) y consolidación de la televisión a color; el segundo de 1990 a 1994 que son los años de expansión y consolidación del sistema de cable de la Argentina y finalmente tomaremos como referencia comparativa el período actual del que ya tenemos trabajo realizado y sobre el cual seguimos en permanente indagación. Hemos decidido que una de las principales herramientas metodológicas a utilizar será la entrevista. Aquí es donde aparece la memoria como variable (fuertemente) interviniente: entrevistaremos a personas que en las dos primeras etapas que mencionamos hayan tenido entre seis y ocho años (como nuestros informantes actuales). Indagaremos sobre sus recuerdos de juegos, de interacciones cotidianas con amigos, compañeros, sobre sus consumos televisivos y sobre sus recuerdos de infancia. Qué objetos, qué recuerdos, qué situaciones aparecen en su memoria y cuáles no. No se trata de hacer historias de vida sino de intentar reconstruir los recuerdos de una cotidianeidad perdida pero que, conjeturamos, ha dejado su marca en la vida de los sujetos que la transitaron. Se trata de analizar, finalmente, los modos en que se recuerda, qué se recuerda, en relación con qué hechos aparecen los recuerdos, los olvidos y silencios. En lo que sigue intentaremos problematizar estas dimensiones para nada unívocas ni inocentes para

poder reflexionar teórica y metodológicamente sobre los modos de abordar las entrevistas, de convocar los recuerdos y de *leer* todo aquello que aparece y lo que no aparece en los relatos de nuestros entrevistados.

Memorias y recuerdos: una reconstrucción (siempre) desde el presente

Maurice Halbwachs propuso, en la década del 30', la categoría de memoria colectiva. Con ella ilustró la idea de que no hay recuerdo que no sea social; siempre estamos con *otros*, aun cuando estemos aparentemente solos. Nuestras vidas se tejen en relación con diferentes grupos con los que vivimos experiencias diversas que se alojan, de distintas maneras, en nuestra memoria. Dice Halbwachs que “cada memoria individual es un punto de vista sobre la memoria colectiva (...) este punto de vista cambia según el lugar que ocupó, y que el lugar mismo cambia según las relaciones que mantengo con los otros ámbitos (2005: 186). Las relaciones sociales y los contextos en que ellas se dan pasan a ser elementos centrales a la hora de la reconstrucción del pasado. Ciertamente es que no hay reconstrucción del pasado que no se haga desde el presente, y serán nuestras inquietudes desde *este* momento histórico, político y cultural las que constituirán ese “corpus” de preguntas, variables y problemas. Como sostiene Rousso (1991), hay que situar el objeto de estudio y su objetivo en la contemporaneidad, en la cadena de representaciones que prevalecen y que han prevalecido. Este elemento es central: de hecho en nuestra investigación la primera etapa fue “el presente” y en un segundo momento nos abocaremos al análisis de las memorias y la reconstrucción del pasado por parte de nuestros informantes.

Si seguimos el planteo de Halbwachs analizado por Ramos (1989) nos encontramos con otro elemento importante: la reconstrucción del pasado necesita contar con marcos que encuadren y establezcan lo acontecido; esos marcos son sociales y son principalmente el espacio y el tiempo de la experiencia. Evocar ese espacio es convocar a esa época y ese mundo social. Es en este sentido que proponemos (intentando operacionalizar metodológicamente la propuesta teórica de Ramos), como elemento central y complementario a las entrevistas, una revisión exhaustiva de las publicaciones (principalmente diarios y revistas), de los programas televisivos, de los juegos que aparecen en textos como hegemónicos en las dos etapas

que intentaremos reconstruir⁷. El objetivo de esta reconstrucción es armar una especie de “carpeta” con recortes periodísticos, publicidades, grillas de programación e imágenes que ayudarán (conjeturamos) a la aparición de algunos recuerdos aparentemente olvidados del pasado durante las entrevistas.

Pollak (2006) sostiene que los recuerdos y el énfasis en ellos surgen según las circunstancias. Si bien no estamos trabajando con temáticas que se relacionen, en principio y como ya dijimos, con hechos traumáticos, pueden aparecer silencios relacionados con recuerdos vergonzantes (a nivel político con el Mundial 78’, dictadura, menemismo, etc. y a nivel individual/grupal las posibilidades son aun mayores). Para Pollak, la memoria es una operación colectiva de acontecimientos e interpretaciones del pasado que se integra en intentos más o menos conscientes de reforzar el sentimiento de pertenencia a los grupos. La memoria no es, en consecuencia, todo el pasado sino “la porción de él que sigue viviendo en nosotros y se nutre siempre de las representaciones y preocupaciones del presente” (Rousso, s/d:87).

En el proceso de preparación de las entrevistas esta puntualización es central: es probable que se relacionen elementos “no problemáticos” respecto de los recuerdos de programas televisivos, de juegos, de quién tomaba ciertas decisiones en los hogares, etc. Debemos *vigilar* esta posibilidad para no limitar nuestra indagación a todo aquello que se recuerda (aparentemente) de manera aproblemática y de todo aquello que aparece *funcional* a la conservación de la unidad de pertenencia.

Dice Bourdieu (1999) que el entrevistado se construye en función de lo que imagina que el entrevistador espera de él. “El sujeto que habla es una máscara o una firma” (Sarlo, 2005:42). Todo testimonio es una interpretación, como ya dijimos, de quien lo profiere. “El sujeto selecciona ciertos hitos, ciertas memorias que lo ponen en relación con ‘otros’” (Jelin, 2002:25). Por eso, toda narrativa del pasado implica una selección. Y serán los criterios (la mayoría de las veces no explicitados) los que operarán como *selectores naturales* de aquello que elige narrarse, contarse, relatarse a un ‘otro’. De allí la idea de máscara que puntualiza Sarlo. Todo testimonio es una representación en el sentido que le adjudica Goffman (1974): todos somos actores en diferentes obras de teatro, en el marco de su concepción teatral de la comunicación. No hay ni habrá testimonio “inocente”, despojado de las condiciones que llevaron a

⁷ Cuando decimos “reconstrucción” estamos apelando a sistematizar las memorias que circulan (o no) respecto de esos momentos por parte de algunos grupos.

articular esa narración de ese modo ante ese “receptor”. Nuestro trabajo revisa, también, otras fuentes para poder analizar no tanto la “veracidad” de lo testimoniado, sino para poder otorgar un contexto específico al recuerdo que aparece y al modo en que lo hace. Consideramos metodológicamente imprescindible trabajar con diversas fuentes para evitar algunos errores que aparecerían de no hacerlo (incongruencia de lo testimoniado con el momento que se intenta evocar del pasado, por ejemplo). “La historia ‘dura’, fáctica, de los eventos y acontecimientos que ‘realmente’ existieron se convierte en un material imprescindible pero no suficiente para comprender las maneras en que sujetos sociales construyen sus memorias, sus narrativas y sus interpretaciones de esos mismos hechos (...) en la tensión entre una y otra es donde se plantean las preguntas más sugerentes, creativas y productivas para la indagación y reflexión” (Jelin, *op. cit.*: 78).

Hemos revisado, hasta aquí, muy brevemente algunos elementos que nos permitirán pensar sobre nuestro trabajo de investigación. En lo que sigue nos adentraremos en algunas conceptualizaciones sobre la televisión, la memoria sobre ella, su expansión y poder, para cerrar el abanico de preocupaciones que nos convocan.

Televisión, memoria y vida cotidiana

Feld (2004) sostiene que en la bibliografía existente respecto de la relación entre televisión y memoria pueden identificarse cuatro posibles abordajes. Brevemente, ellos son considerarla como “tecnología de la memoria” (memoria hacia el futuro, lo que será recordado); como “vehículo de transmisión de experiencias del pasado” (por la facilidad de lectura, la inmediatez y su alcance masivo tiene alto impacto y efectividad); como “emprendedor de la memoria” (detectar cómo llegan a la televisión determinados temas o interpretaciones del pasado) y, finalmente, como “escenario de la memoria” (espacio en el que se hace ver u oír un relato verosímil sobre el pasado). Consideramos en nuestro trabajo diversos elementos de los abordajes mencionados aunque es probable que en el curso de la investigación se superpongan. Partimos de la consideración de que la televisión modela recuerdos porque, de lo contrario, nuestro objeto se diluiría. Nora (1986) sostiene que la televisión define lo que es memorable para una sociedad y conjetura que nuestros recuerdos de acontecimientos históricos

serán cada vez más el recuerdo de lo visto por televisión que de lo vivido por participación activa en los hechos (*cit* en Feld, 2004: 72). Asimismo, reconocemos que por su fácil lectura y alcance masivo su impacto es alto (aquí uno de los motivos de la elección de este medio de comunicación por sobre otros). El avance del trabajo de investigación nos permitirá confirmar nuestro punto de partida o nos impondrá una revisión.

Dijimos, ya, que nuestros ejes de trabajo son el juego y la televisión (que intersectaremos con diversas consideraciones sobre la infancia). Pero nuestro “punto de partida” es la televisión. Es decir, los juegos que analizaremos y que intentaremos sistematizar se relacionan con los consumos televisivos de los niños. Por ello que en este espacio desarrollamos algunas consideraciones sobre la televisión.

El lugar hegemónico de los medios en la actualidad supone el “cumplimiento” (y de allí el planteo problemático en nuestra investigación del poder que detentan) de las funciones que sistematizó Hall en 1981. Esto nos lleva a reflexionar sobre cómo se veía televisión en el pasado y cómo se recuerda el hecho de verla. Silverstone (1994), retomando la teoría de los objetos transicionales de Winnicott, sostiene que los medios, pero preeminentemente la televisión, ocupan el espacio potencial que dejan las cobijas, los ositos y los pechos maternos para los niños. La televisión funcionaría como un objeto transicional y ocuparía un lugar tan importante en las vidas cotidianas de los niños, que pasaría a ser parte integrante de la familia como objeto y como medio (Silverstone, *op. cit*). La televisión y el televisor ocupan un espacio determinado en los hogares⁸. Ya sean uno, dos o más los aparatos, el lugar que se destina al televisor es importante para analizar el espacio simbólico que ocupa en las interacciones de los sujetos que conviven en él⁹. En las dos etapas (aunque más en la primera) que comenzaremos a analizar hay una particularidad que no puede pasar inadvertida: entre 1978 y 1981 no había más que un televisor como promedio por hogar. Es decir, es un buen momento histórico-cultural para analizar las relaciones que se tejían en torno a la televisión y al televisor y a las relaciones de poder que se suscitan en las familias (como se puede ver en Morley, 1992). Decimos un buen

⁸ La relación entre el “televisor” y la “televisión” puede reconstruirse en Varela (2005) (ver especialmente la introducción).

⁹ Trabajos como el de Morley (1992, 1996 y otros), Morley y Robins (1995), Hall (1979) y Stevenson (1998) son buenas referencias para ampliar esta línea de indagación.

momento porque en la actualidad, los hogares con más de un televisor tienen limitadas las interacciones respecto de la elección de los programas (porque se van a otro televisor y eligen qué ver) a diferencia de cuando había un televisor promedio por hogar. Podemos sostener, en consecuencia, que en ese período la unidad de análisis sea la familia más que los integrantes por separado. Conjeturamos que la unidad, en los dos momentos restantes irá cambiando o, por lo menos, no será casi indiscutiblemente la familia.

Ahora bien, ¿qué recordamos? ¿Los programas que vimos solos, acompañados? ¿Aquellos programas que se veían cotidianamente en la mesa familiar? Candau (2002) sostiene que la vida cotidiana es el primer marco social para la memoria. En este sentido, Bourdon (2003) realizó una investigación sobre la relación entre televisión y memoria por medio de historias de vida. Su hipótesis es que la familia es el principal marco social basado en el hogar para ver televisión. Si ya dijimos que toda memoria está anclada en lo social, un elemento a tener en cuenta para la investigación es la posibilidad de realizar entrevistas también a integrantes de la familia y grupos de pertenencia del entrevistado para reponer elementos que tal vez no aparezcan en su testimonio pero que los padres, compañeros o amigos puedan recordar. La conclusión de la investigación de Bourdon es que los televidentes recuerdan muy pocos programas específicos con sus títulos. Lo que se recuerda son interacciones con el mundo de la televisión. “Recordar la televisión puede incluir recordar juegos de niños inspirados en la televisión, conversaciones sobre celebridades de la televisión, encuentros inesperados con una estrella famosa en un lugar público, que llega a existir a través de la pantalla del televisor pero que genera muchas más interacciones que el simple acto de mirar” (Bourdon, *op. cit.*: 34). Estos tipos de recuerdo los denomina “empapelados”, “acontecimientos mediáticos”, “flashes” y “encuentros cercanos”. Nuestro foco principal estaría en los recuerdos “empapelados” porque son los que tienen que ver con acciones y experiencias que se recuerdan porque fueron “inspiradas” por un personaje o programa de televisión. Nos parece interesante la propuesta del texto citado porque nos brinda un marco desde el cual reflexionar sobre el modo de abordar nuestro trabajo de investigación.

Complementariamente, Wolton (1995) va a decir que el espectador, al mirar televisión, se suma a un público potencialmente inmenso y anónimo y mantiene con él un vínculo invisible, una clase de “conocimiento común” [*common knowledge*]. Este

conocimiento común permite que los individuos puedan trasladar a sus interacciones (que no son necesariamente lúdicas) elementos de lo que vieron en televisión. Nuestro interés se centra, también, en las conversaciones en torno a lo que se ve y de todo lo que aparezca como apropiado y repuesto en otro “soporte” (apropiarse de un personaje e interpretarlo, de una situación, etc.).

Pero hay un elemento más a tener en cuenta para poder entender cómo, por qué y qué se recuerda. Para Jelin “los medios de comunicación estructuran y organizan esa presencia del pasado en todos los ámbitos de la vida contemporánea” (*op. cit.*: 9). Es lo que Wolf (1987) llama *agenda setting*, en otras palabras, la capacidad de la televisión de imponer en su agenda algunos temas, personajes y situaciones y, en consecuencia, la de invisibilizar otros. La reposición de viejos programas, las *remakes* de otros y la permanencia de algunos actores, conductores o personajes en la televisión actual¹⁰ facilitan el proceso de memoria que aquellos personajes que no siguen “visibles”. Este proceso es el que se puede producir por la alta capacidad de institución de sentido que tienen los medios de comunicación en la actualidad.

Más problemático aún es si pensamos que todos nuestros informantes han vivido y crecido *con* la televisión. Ciertamente es que la expansión de la televisión por cable diversificó notablemente la oferta generando multisegmentaciones de públicos y programas (Orozco Gomez, 2001). Si la televisión establece una parte importante de lo que será recordado, la dirección ideológica de esos mensajes que se recuerdan, la forma en que esos contenidos son presentados, los estereotipos que refuerzan, las conductas que legitiman y las que no, nos encontramos con un panorama complejo para abordar memorias de recepción y de prácticas relacionadas con ellas. Si, como conjetura Nora, nuestra memoria será cada vez más televisiva y menos “experiencial” (en el sentido de la experiencia corporal directa), nos encontraremos en un corto lapso con que los que establecen las memorias son los dueños de los medios de comunicación en proceso cada vez más veloz de concentración. Obviamente no consideramos a los sujetos como pasivos ni totalmente influenciados. Hay múltiples memorias que son dinámicas, que se alimentan permanentemente de nuevos

¹⁰ En este sentido, nuestra idea de armar carpetas para “ayudar” al trabajo de memoria de los entrevistados se centra en aquellos elementos que no permanecen en la actualidad “en pantalla”.

elementos que las fortalecen y que las renuevan hacia dentro de los grupos en los que se sostienen.

Si los niños juegan cada vez más a “ser” personajes de televisión, si no ponen en funcionamiento su imaginación y su creatividad, la posibilidad de devenir lectores críticos de los medios será cada vez menor. La escuela, como institución formadora, la familia, como espacio de contención, tendrán que asumir lo problemático de esta situación ya no sólo para este presente sino para un futuro que es, cada vez más, un enorme signo de interrogación. “Cuanto más prevalece el presente del capitalismo consumista avanzado por sobre el pasado y el futuro, cuanto más absorbe el tiempo pretérito y el porvenir en un espacio sincrónico en expansión, tanto más débil es el asidero del presente en sí mismo, tanto más frágil la estabilidad e identidad que ofrece a los sujetos contemporáneos” (Huysen, 2001: 32).

Bibliografía citada

- Benjamin, W. (1989) *La literatura infantil, los niños y los jóvenes*, Buenos Aires: Nueva Visión (selección).
- Bourdieu, P. (1999) “Comprender” en *La miseria del mundo*, México: FCE.
- Bourdon, J. (2003) “Sobre cierto sentido del tiempo, o de cómo la televisión conforma la memoria” en *Revista Figuraciones 1-2*, Instituto Universitario Nacional del Arte.
- Caillois, R. (1994 [1967]) *Los juegos y los hombres. La máscara y el vértigo.* , México: FCE.
- Candau, J. (2002) Capítulo IV: “Memoria y razón práctica” en *Antropología de la memoria*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- Carnovale, V., Lorenz, F. y Pitaluga, R. (2006) “Memoria y política en la situación de entrevista. En torno a la constitución de un archivo oral sobre Terrorismo de Estado en la Argentina”, en Vera, Lorenz y Pitaluga (comps.), *Historia, memoria y fuentes orales*, Buenos Aires: Cedinci y Memoria Abierta.
- Feld, C. (2004) “Memoria y televisión: una relación compleja”, en *Oficios Terrestres*, n° 15/16, año X.
- Goffman, E. (1974) *Frame Analysis*, Boston: Northeastern University Press.
- Halbwachs, M. (2005) “Memoria individual y memoria colectiva”, en *Estudios* n° 16, otoño.
- Hall, S. (1979) “Encodificar/decodificar”, en *Teorías de la Comunicación*, Buenos Aires: Fundación Hernandarias
- Hall, S. (1981) “La cultura, los medios de comunicación y el efecto ideológico” en Curran (comp.) *Sociedad y comunicaciones de masas*, México: FCE.
- Huyssen, A. (2001) “Pretéritos presentes: medios, política y amnesia”, en *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Jelin, E. (2002) *Los trabajos de la memoria*. Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI.
- Mc Laren, P. (1995) “La experiencia del cuerpo posmoderno: la pedagogía crítica y las políticas de la corporeidad” en *Posmodernidad y Educación*, Alba, A. (comp.), México: CESU.
- Morley, D. (1992) *Television, audiences and cultural studies*, Londres y Nueva York: Routledge.

- Morley, D. (1996) “El marco masculino-femenino en que la familia ve televisión”, en *Televisión, audiencias y estudios culturales*, Buenos Aires: Amorrortu
- Morley, D. y Robbins (1995) *Spaces of identity*, Londres: Routhledge.
- Orozco Gómez, G. (2001) *Televisión, audiencias y educación*, Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- Pollak, M. (2006) “Memoria, olvido, silencio”, en *Memoria, olvido y silencio*. La Plata: Al Margen Editora.
- Ramos, R. (1989) “Maurice Halbwachs y la memoria colectiva”, en *Revista de occidente*, n° 100, septiembre.
- Rouso, H. (1991) “Pour une histoire de la mémoire collective: l’après Vichy”, en Peschansky, Pollak y Rouso (eds.), *Histoire politique et sciences sociales*. Paris: Complexe.
- Rouso, H. (s/d) “El estatuto del olvido” en *La necesidad del olvido*, Rouso, H; Garapon. A. y Kristeva, J., s/d.
- Sarlo, B. *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Silverstone, R. (1994) *Television and everyday life*, London: Routhledge.
- Stevenson, N. (1998) “Perspectivas críticas en la investigación de la audiencia” en *Culturas mediáticas*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Varela, M. (2005) *La televisión criolla. Desde sus inicios hasta la legada del hombre a la luna 1951-1969*, Buenos Aires: Edhasa.
- Wolf, M. (1987) “El estudio de los efectos a largo plazo” en *La investigación de la comunicación de masas*, Barcelona: Paidós.
- Wolton, D. (1995) *Elogio del gran público. Una teoría crítica de la televisión*, Barcelona: Gedisa.